



UN HOMBRE JUSTO

IX CONCURSO DE CUENTOS REPSOL, S. A.

SEGUNDO PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autor: **Carlos Mesa Teijeiro**

AÑO 1996

Si el reloj de don Miguel marca las cinco en punto, es que son las cinco en punto. No por nada en especial, simplemente porque el reloj de don Miguel es un Rolex de oro, y bien orgulloso que está de él; el hombre no deja de mirarse la muñeca izquierda en cuanto se aburre e incluso se divierte observando los destellos dorados del oro con la luz. Otra vez puede que mire las agujas tan perfectamente talladas, o cualquier otra cosa. Don Miguel vivía para aquel aparato pero no quería pecar de soberbia siendo lo más discreto posible cada vez que había gente delante.

Don Miguel Collantes tenía otra pasión además de su reloj, la música. Su gozo por ésta había provocado que se fuese haciendo un sitio entre los socios del Liceo y actualmente se encontraba dentro de la sociedad organizadora. Para don Miguel el mundo se dividía en dos partes: en una se encuentran los Rolex y los Stradivarius y en la otra el resto del universo.

Como de costumbre, en el trayecto hacia el Liceo por el suelo mojado del parque al ocaso, las hojas secas se caían con el viento y se revolvían en el aire, los niños correteaban contentos y los cisnes del estanque eran más evocadores y esbeltos. El camino era sosegado, sereno... En el Liceo todo el mundo respetaba a don Miguel. Una vez dentro, entabló conversación con sus colegas organizadores:

—¡Hombre!, Miguel, pensé que ya no venías. Ya se me hacía a mí raro que tocando algo de Rimsky-Korsakov...

—Claro, es que además estas orquestas rusas son muy buenas.

—Y cobran poco, que es lo que más nos interesa a nosotros.

—¡No!, interesa que sean buenos, y luego si son baratos... mejor.

—¡Bueno, bueno...! Anda, vete dentro que faltan diez minutos para que empiece el concierto y no querrás que te cierren las puertas.

—No tienes por qué preocuparte. Sabes que soy rigurosamente puntual y si el concierto comienza a las seis, a las seis estaré en mi butaca.

Como es lógico, los miembros del Liceo tienen un sitio reservado en la primera fila y don Miguel ocupó su ubicación correspondiente mientras el auditorio se iba llenando. Los pensamientos sobre lo bien que lo podría pasar deleitándose con el sobrecogedor arpeggio de las cuerdas vibrando en el interior de su cerebro se apoderaron de él, y empezó a emocionarse sobre la butaca de forma que cogió una batuta imaginaria y se puso a dirigir su orquesta ficticia, siendo objeto de risas entre unos pocos. Las puertas se cerraron mientras el respetable cesaba en su parloteo; los músicos parecían retrasarse. «Será mi imaginación» pensó; pero el sentimiento de que el evento se demoraba parecía generalizarse y la gente empezó a consultar sus relojes. Don Miguel hizo lo propio y de nuevo se dispuso a contemplar el reloj dorado en su mano izquierda, pero al mirar hacia esa parte del cuerpo, el reloj no

estaba. Esto no fue aceptado por el personaje que volvió a repetir la operación como si sus ojos se hubiesen burlado de él. Pero comprobó que la ilusión de que aquello fuese un efecto óptico se esfumó. Ciertamente el reloj había desaparecido. ¡Qué va!, no puede ser, lo habría metido en cualquier bolsillo. Empezó a introducir las manos con frenesí en todos los bolsillos que encontró. No habiendo encontrado el reloj, empezó a buscar dentro del zapato, dentro del calcetín, en el nudo de la corbata... y el reloj seguía sin aparecer. Se formó en torno a él un ambiente de intranquilidad y desorden que le provocó una intolerancia que casi se podría llamar enfermedad. El ambiente aterciopelado y aristocrático del salón contrastaba con la ira del señor Collantes. El anhelo de una noche mágica, como ocurría a menudo en el Liceo, se había transformado en una pesadilla cruel y despiadada. Un sudor frío invadió su frente y una angustia que se podía cortar con un cuchillo se encerró en su cuerpo. Pero... ¿cómo era posible? Don Miguel se convenció de que le habían robado el reloj dentro del recinto en el que se hallaba cuando los músicos pasaron a su lado al dirigirse a los camerinos. Entre las penas y los recuerdos a su inolvidable compañero se decidió por atender al concierto para evadirse de su desgracia.

El infeliz personaje disfrutaba observando los movimientos tan bien acompasados de los intérpretes. Parecía como si fuesen marionetas unidas por un hilo invisible que les hacía mover los dedos idénticamente. Los arcos de los violines le recordaban las bayonetas

de un ejército desfilando, los violonchelistas parecían títeres: todos realizaban los mismos gestos con la mano, los solistas hacían volar los dedos sobre las cuerdas logrando trinos prodigiosos... Fue admirando uno de estos gráciles movimientos entre los violonchelistas cuando apreció en la muñeca del principal de estos músicos un reloj muy parecido al suyo. Una descarga de adrenalina fluyó rápidamente por sus venas: aquel era su reloj.

El músico era un estereotipo de ruso cien por cien: alto, rubio platino, con los ojos grises, delgado, con cara de angelito... en fin, reunía todas las características necesarias para que al encontrarle por la calle lo primero que se le pregunte es ¿es usted un músico ruso? Pero a una persona en la sala no le resultaba simpático porque era un ladrón. Puede suceder que nos encontremos con personas buenas, pulcras, inteligentes, agradables de ver e incluso que toquen muy bien un instrumento pero cuya proximidad no se pueda soportar. Este era el caso del violonchelista ruso y de don Miguel Collantes a los que la pasión por la música y un reloj de oro unía. En un principio le abordaron los consecuentes impulsos de saltar al escenario y estrangular a aquel hombre, pero de acuerdo con los cánones de decoro de un hombre educado se mordió la lengua y esperó a resolver el conflicto de una forma más cordial. Comenzó a elaborar un discurso mental que pronunciaría con persuasión para que el ladrón no tuviese opción de salirse con la suya inspirándose para ello en la música que invadía el auditorio. Esperaba

que el encuentro se desarrollase con normalidad y sin incidentes e intentaría comprender la codicia que se apoderó del músico en el momento en que vio el reloj. Se convenció de que debía seguir unos pasos correctos para resultar más convincente: un planteamiento correcto y objetivo de los hechos, unas evidencias que demostrasen la usurpación y unos argumentos de peso e irrefutables que acabasen con las esperanzas de aquel tipejo. De todos modos, los ladrones no se merecían ningún tipo de trato amable. Don Miguel se enfadó consigo mismo, ¿por qué iba a ser educado con aquella bazofia? Le quitaría el reloj y lo denunciaría, como debe ser. ¡Y aun encima tiene la desfachatez de salir a tocar con él! Realmente aquella criatura no tenía perdón. La ira de don Miguel encontraba un pilar de complemento en los compases más desgarrados de «Sherezade». Y a medida que la orquesta iba tocando más y más fuerte, el enfado se excitaba en progresión geométrica. El primer paso que debía seguir cuando se acabase el concierto sería entrar en el camerino del violonchelista y esperarlo allí, algo que no le resultaría difícil pues siendo miembro del Liceo conocía los interiores perfectamente.

Don Miguel volvió a tierra ya finalizando la obra, lo que le insufló ánimos para llevar a cabo su plan. Estaban sonando las últimas notas con gran brío, y al son del último golpe de batuta don Miguel se levantó sin esperar al aplauso y a paso ligero se dirigió hacia los corredores en donde estaban los camerinos de los músicos.

Nicolai Trandekov, primer violonchelo de aquella orquesta, cambió la cara de satisfacción con la que venía por la de sorpresa al abrir la puerta de su camerino y observar a un hombre allí dentro. Ese hombre parecía visiblemente enfadado pero de todos modos se acercó a él para estrecharle la mano y presentarse con su aceptable español. El otro hombre también se acercó pero hizo diferente uso de su mano, cerrándola en forma de puño. El ruso vio como ese puño se acercaba con rapidez hacia su cara pero no le dio tiempo a reaccionar y recibió un estupendo derechazo que le puso la cara del revés y que además le sirvió para ver la Vía Láctea. Perdió el equilibrio y se desplomó sobre la mesilla tirando con todo lo que había sobre ella. Pasados unos momentos, Nicolai se despertó tirado en el suelo y no comprendió nada de lo que había pasado. Sólo sabía que le daba vueltas la cabeza. Pero lo que son las cosas, don Miguel volvía a ser un hombre feliz. Su sonrisa apareció de nuevo en su rostro al contemplar de nuevo el brillo de su Rolex de oro. Su muñeca había recuperado el hueso que le faltaba. Y así se disponía a salir el señor Collantes del Liceo tan contento cuando escuchó una voz que lo llamaba desde el interior de la sala. Se volvió y vio que era uno de los ujieres del Liceo quien lo llamaba. Parecía bastante alterado.

—¿Qué pasa, Roberto?

—Señor Collantes, he encontrado este reloj bajo su butaca. Me parece que es el suyo. Tiene la pulsera abierta, por eso se le debió caer.

Don Miguel miró aquel aparato, rígido como una estatua ante la expectante mirada del ujier. Con un gesto rápido buscó en su muñeca izquierda el que acababa de recuperar y observó ambas piezas absorto. No eran exactamente iguales, el reloj del ruso se mostraba más ligero y como peor terminado. Evidentemente se trataba de una imitación.

—Bueno... tome —dijo el empleado—, su reloj.

—Mire, Roberto, dele ese reloj al músico del compartimento número 15.

Roberto, sorprendido al ver otro de aquellos valiosos mecanismos en posesión de don Miguel, opinó:

—Ah... es que es un regalo.

Don Miguel miró con pena su Rolex de oro en manos del ujier, volvió los ojos a la falsificación de su muñeca y resignadamente contestó:

—No, es una deuda.

Don Miguel Collantes era un hombre justo.